

aparecer: no vivimos nuestro tiempo, nuestra temporada, sino una acumulación de temporadas que estuvieron congeladas, contenidas, y que ahora se acumulan.

Toda esta cuestión de los brazos inútiles y de las máquinas hábiles, de los conceptos demográficos, nos llevan a otra cara oculta del problema definido como esencial en España; el del paro. Se está disfrazando con el sentido de una defensa patronal contra el abuso de la falta de productividad, del obrero ocioso o de la Seguridad Social devoradora; se está mezclando con la crisis general de occidente, o con las cuestiones de energía; y con el descenso de los mercados... Pero la realidad es que el Tiempo ha producido estas máquinas que producen los despidos. En otros países el problema se ha ido asimilando, desde una época tan lejana como el principio de la Era Industrial, de la máquina de vapor, a partir de la cual surgieron ideologías que en España estuvieron prohibidas y contenidas. Se va tratando de entender que la microelectrónica está hecha para que se trabaje menos; se reducen las jornadas de trabajo, pero no los salarios o su poder adquisitivo, porque entonces se reduce también el mercado y se pierde el sentido del invento. Como en el caso de la OTAN, como en el del sentido de la pareja y el divorcio, nos encontramos también nadando en viejos conflictos de clase nacidos de la época del obrero esclavo y del patrono explotador. Ni siquiera hemos inventado esas máquinas, o hemos contribuido a ellas: las hemos comprado de una vez, y hemos introducido de pronto ese factor de desestabilización. Y ni siquiera somos capaces de mirar el problema de frente. Todavía estamos mentalmente en los tiempos de la España agraria, preindustrial.

Poco a poco se va viendo lo que nos pasa, y que se acentúa con la temporada que velozmente se nos echa encima: que somos adictos a una contemporaneidad de aparatos, mecánicas e innovaciones, pero lo somos, también, a unas ideas antiguas, anteriores a esas innovaciones. Todo deshielo repentino produce, generalmente, estos aludes, estas inundaciones. En un país donde el parlamento vota por sistemas electrónicos puede producirse un suceso decimonónico como

el del 23 de febrero: ese melodrama de situación y diálogo. Un país donde en las Iglesias hay todavía cepillos para el pan bendito produce incidentes alimentarios como el del aceite de colza, donde la capacidad química para el daño va más allá que la capacidad médica para la cura; donde la técnica moderna para realizar el fraude está empleada a la manera de chapuza en la que se mezclan la picaresca antigua con los inventos modernos a partir de unas conciencias perfectamente equivocadas. Un país donde se mezcla el problema de Gibraltar, que es del siglo XVIII, con el de las bases americanas y de la OTAN. Un país donde está en causa el sistema de unidad férrea de los Reyes Católicos, que ya lo hicieron mal en su tiempo, con unos conceptos de nacionalidad, de idioma y de identidad que surgen cuando se están buscando, simultáneamente, las supranacionalidades, los mercados comunes con supresiones de fronteras.

No es extraño que veamos llegar la temporada como algo que se viene encima, como una manifestación monstruosa del Saturno, con la abierta boca que le pintó Goya dispuesta para devorarnos, sin que sepamos por qué. Vivimos entre el asesinato en la esquina—como en tiempos de Julio César—y la bomba de neutrones que todavía no ha estallado. Entre la sexualidad libre y el sacramento. No es sólo una temporada la que se nos viene encima: son muchas temporadas y bien antiguas, de más atrás que estos solos cuarenta años, sino de un cierto número de siglos—que de verdad encontraron su compendio en la larga cuarentena franquista, tan decidida a acumular el pasado como a ignorar el presente—. Todavía estamos polemizando entre Calderón y Arrabal. Todavía estamos sin saber a que atenernos, en esta cuestión de lo que debemos asimilar y lo que debemos rechazar. Un problema que está sobrepasando las divisiones antiguas de derecha y de izquierda, de clases sociales, aunque sea su fondo el que sigue informando las posiciones ideológicas. Para diseñar a grandes rasgos y pocas líneas las características de la temporada que se nos viene encima, lo que podemos esperar de ella y lo que no podemos esperar, TRIUNFO ha congregado a un buen número de especialistas. Su lectura quizá ayuda en algo. ■ ■ ■

POLITICA EXTERIOR

LAS VENTAJAS DE LA OTAN

Eduardo Haro Tecglen

«**T**ODO son ventajas», dicen los hombres del Gobierno, de su partido, y de sus afines, cuando se les pregunta si no habrá algo negativo en la entrada de España en la OTAN. Son, en esta como en otras cuestiones, un remedio del personaje optimista de Voltaire cuando, a cada nueva catástrofe, exclamaba: «Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles». Todo son, efectivamente, ventajas para la UCD; la de coincidir con el deseo de lo que parece ser la mayoría del Ejército, la de coincidir con los vehementes deseos de los Estados Unidos, expresa-

dos ya antes de Reagan, pero con mayor vehemencia después de Reagan; y la de coincidir, en fin, con el pensamiento de la derecha, que ve en el suceso la reanudación de los viejos temas de «Rusia es culpable» y la de descubrir comunistas, filocomunistas, pseudocomunistas, criptocomunistas y compañeros de viaje en los que vean con otra óptica esta cuestión tan simple que sólo mayoría simple necesita para resolverse en el Parlamento. Tres coincidencias que forman una base siempre recomendable para alcanzar el poder y sostenerse en él. La izquierda—puesto que la cuestión se configura, como siempre, en un problema de derecha y de izquierda—considera estas bases tan interesantes y tan prácticas que ni siquiera se atreve a llevar demasiado lejos su oposición. Por lo menos, la izquierda que se considera a sí misma como posible. Ni siquiera rechaza la tercera, para evitar que se la considere prosoviética o procomunista. Por eso plantea su oposición de esa curiosa forma que le va siendo habitual: que parezca oposi-

ción, pero que no lo sea. Alude al mal momento histórico, a la impopularidad actual, a la cuestión de procedimientos. Pide un referéndum que nadie le va a dar; pero así se pone al lado del pueblo, y al mismo tiempo no es un obstáculo. Finura política.

Aparte del inconveniente que parece menor de convertirse en base y blanco de una futura guerra atómica si la hubiera, lo que ya parecía algo adquirido por la existencia de las bases conjuntas de los Estados Unidos, la cuestión parece presentar algunos otros que, bien presentados, pueden terminar convirtiéndose en ventajas para los acaparadores de ventajas. Uno de ellos parece ser el de que la entrada en la OTAN se produce contra la mayoría de la opinión pública española (de no ser así, nadie habría negado el referéndum). Casi más por instinto que por datos claros, se produce un malestar. La sombra de la guerra nuclear, la pérdida de soberanía que pudiera suponer incluirse en una alianza multilateral y

LA TEMPORADA QUE SE NOS VIENE ENCIMA



dirigida por otros, la rotura de una tradición de neutralidad son, quizá, cosas que pesan en esa opinión pública. Se produce, por lo tanto, una nueva sensación de desagregación entre el poder y el pueblo (dando a la palabra pueblo una extensión muy amplia). Como esta situación atañe principalmente a la izquierda, que es más amplia de lo que la actual representación parlamentaria deja ver, el efecto de distanciamiento perjudica más a los partidos de la izquierda, y concretamente al PSOE —y a quienes dentro de la UCD, o de los partidos regionales, estaban más a la izquierda— que a los grupos de la derecha. De donde, efectivamente, se puede seguir incidiendo en el punto de vista de UCD: «Todo son ventajas». Porque la reticencia, el malestar, el disgusto, ¿pueden tener algún reflejo electoral? Si se consigue llegar a las elecciones de 1983, como parece muy posible, la cuestión de la OTAN no será una gran batalla: se habrá digerido. Puede que el malestar provoque un mayor número de abstenciones. Y las abstenciones nunca han perjudicado al poder en ejercicio en el Parlamento, y menos aún al conglomerado de poder que excede el Parlamento.

Además de este efecto, y siempre dejando aparte la cuestión de servir de blanco en un caso de guerra mundial, probablemente se van a producir numerosas modificaciones en la política interior y exterior. Por ejemplo, en cuanto a la relación con los países árabes y africanos; pueden salir de las bases de la OTAN en España las armas y aviones que sirven para contenerlos en algunas de sus reivindicaciones. Puede tener alguna repercusión en nuestras relaciones con los países latinoamericanos: Reagan intenta, y muchas veces lo consigue, atraer a la OTAN a esa cruzada contra las revoluciones y cambios democráticos en Latinoamérica, en vista de que se trata del manejo comunista de siempre, y de la acción imperial soviética. Ya se sabe cual es la doctrina de Reagan y de Haig frente a los europeos: la coexistencia es indivisible. Por lo tanto, las alianzas militares son cada vez menos regionales. La idea de que puede perjudicar nuestras relaciones con la Unión Soviética

es poco considerable: ya son muy malas. Empezaron, desde el reconocimiento, con abrazos, viajes, intercambios comerciales y culturales, etcétera. Se han ido cerrando las puertas abiertas. Formaba parte de la política preotánica.

Todos estos temas, y la cuestión del crecimiento de presupuestos, y la nueva reforma del Ejército y del material —para estar en consonancia con lo común—, no va a tener la contrapartida de los beneficios de que goza la mayoría de los países de la OTAN, que al mismo tiempo pertenecen al Mercado Común y otras asociaciones de carácter económico y político. Es decir, que nuestras fronteras van a estar francas para lo guerrero, pero no para lo civil —mercancías, emigrantes, ciertas formas de identidad de sindicatos y de partidos—, que son temas que van unidos en otros países.

La unificación con Europa se hace por lo costoso, lo difícil, lo peligroso; sin conseguir lo remunerativo, lo satisfactorio: el desahogo para la pesca y la agricultura, la salida de los parados y lo que hasta ahora no es más que un embrión de unidad política. Por el contrario, ese embrión puede trastornarse con la presencia de España: el europeísmo se inclina cada vez más a la negociación, a la reducción de tensiones, a la eliminación de riesgos de guerra, en contradicción con la política de Reagan. España, desde hace años, en su política preotánica, se ha inclinado por la manera fuerte. Puede haber una contradicción.

Queda, finalmente, una sospecha horrible. Algo que estamos seguros que el Gobierno tendrá previsto y que habrá obtenido garantías de que no será así: la posibilidad de que la petición de ingreso de España sea negociable por los Estados Unidos en su contexto global con la URSS y sobre todo en las negociaciones de desarme y que, antes de nuestro ingreso, haya un cierto acuerdo entre Moscú y Washington para que España, finalmente, se quede al margen, a cambio de otras cosas. Si esto llegase a ser así, las repercusiones en la política nacional serían catastróficas, y podrían servir de argumento para todo.

También podría decirse que queda el tema de vida o muerte, de guerra o paz, de aniquilamiento o supervivencia. Pero esta cuestión sigue pareciendo, a la luz de los debates, de importancia menor. ■

■■■ También en el mundo reaparecen espectros del pasado: Reagan es uno, Wojtyła es otro, como lo es Jomeini. Viejos conceptos sonoros y enfáticos,

alusiones a lo abstracto y lo sobrenatural, terminan en grandes manipulaciones de uso del poder. Y el mundo soviético, con solo una tradición de poco más de medio siglo, invoca también el pasado para tratar de meter en ese tiempo las cosas del presente. ■■■

INTERNACIONAL

HACIA UNA MORAL DE LA TENSION

Manuel Vázquez
Montalbán

EL historiador británico Thompson, denunciaba recientemente la campaña ideológica de mentalización sobre la inevitabilidad de una guerra nuclear. Es una campaña desarrollada sobre todo en los países punteros del sistema capitalista, a veces directamente mediante el discurso político, a veces indirectamente vendiendo la necesidad de que cada particular se construya un refugio antiatómico en su jardín. Prosperan los planes de «defensa civil» para situaciones de ataque nuclear, planes que van inculcando en la población la idea de que debe asumir el riesgo atómico como desde hace décadas ha asumido el riesgo de la gripe asiática.

Esa inculcación del miedo atómico forma parte de un cuadro amplísimo y complejo de transmisión de ideología disuasoria. El capitalismo ha decretado el final del progreso humano porque se enfrenta a unas condiciones históricas que invalidan su modelo de progreso, porque invalidan sus posibilidades de acumulación. El capitalismo sabe que el miedo frena las reivindicaciones y que una humanidad acobardada es una humanidad sumisa, traducida la abstracción «humanidad» en todas las concreciones oportunas: desde los países colonizados hasta los obreros sindicados. Mientras se impone una austeridad salvaje a las clases populares, se propaga el miedo a que incluso puede perderse una vida tan austera en un gigantesco holocausto nuclear. El enemigo, el que crea tan difíciles condiciones de supervivencia y la imposibilidad de progreso no es el propio sistema sino ese peligro exterior, nuclear, el enemigo metafísico de nuevo: el comunismo.

La ideologización del miedo ha tenido además un especial tratamiento europeo. La «solución final» ensoñada por los estrategas del Pentágono prevé unas especiales características a